

**CONFERENCIA EN EL FORO DEL PENSAMIENTO EUROPEO**  
de  
**Marcelino Oreja**  
**Secretario General del Consejo de Europa**

Quiero agradecerles muy sinceramente su invitación para participar en este Foro del Pensamiento europeo. ¡Qué lugar mejor que Santiago de Compostela, la víspera del lanzamiento del Camino como itinerario cultural europeo, para reflexionar con Uds sobre el futuro de Europa!

¿No es acaso Galicia la comunidad española más vocacionalmente europea por su historia, por sus tradiciones, su cultura, por su Camino?

¿No ha sido éste un foro de atracción que a lo largo de los siglos ha trenzado una cooperación entre personas, entre comunidades, entre pueblos, y ha permitido desde su atalaya lanzar aquella llamada del Papa a Europa entera: Vuelve a encontrarte, sé tú misma.

Por eso me complace volver a esta tierra que he visitado tantas veces y a la que tengo hoy la fortuna de regresar para participar con Uds. en estos actos.

La idea de la construcción europea se asienta en 1945 en dos ejes básicos : la reconciliación de los enemigos de la vispera y la búsqueda de una mayor unión política, defensiva y económica para asegurar la libertad y la mejora de las condiciones de vida de los europeos.

En la recta final de los años ochenta, Europa se encuentra en uno de esos momentos cruciales en la historia de los pueblos, que Jaspers llamaba tiempo-eje, en los que coinciden todo un conjunto de factores que van a predeterminar el futuro de la unidad europea : la revolución tecnológica, los nuevos medios de producción, los acuerdos sobre desarme, la ampliación y consolidación de la Comunidad Económica Europea, los retos que en todas partes padecen nuestras sociedades.

Al examen de algunos de estos factores : la economía, la defensa, los problemas de sociedad, dedicaremos estas reflexiones.

### 1. La economía

Desde su constitución en 1957, la Comunidad económica europea ha logrado avances importantes : la unión aduanera, una política agrícola y comercial común, la cooperación y ayuda a los países en vías de desarrollo, el sistema monetario europeo, el Fondo europeo de desarrollo regional, la Banca europea de inversiones etc.

~~Hace unos meses~~ <sup>Desde 1987</sup> la Comunidad ha comenzado una nueva etapa en su trayectoria cuyo objetivo es la realización de un mercado interior único ~~de aquí a~~ <sup>en</sup> 1992. El Acta Unica europea, que ha sido ratificada por los parlamentos de los 12 Estados miembros y ~~ha entrado en vigor el pasado 1 de Julio~~, supone la armonización de legislaciones para crear un verdadero mercado interior sin fronteras, lograr una mayor cohesión económica y social, el desarrollo de una política común de investigación, el reforzamiento del sistema monetario a partir del cual debe emerger una verdadera unión monetaria y la consecución de acciones comunes en el ámbito del medio ambiente.

Para cumplir estos objetivos son necesarias ciertas condiciones. En primer lugar, la fijación de una política agrícola común adaptada al nuevo contexto mundial. En segundo lugar, la reforma de los fondos estructurales para lograr una mayor cohesión entre las distintas regiones europeas. En tercer lugar, la garantía de recursos propios suficientes y de un montante estable y, por último, el reforzamiento de la disciplina presupuestaria.

Los Estados comunitarios ya han dado los primeros pasos en esta dirección. El pasado 12 de septiembre, los Ministros de Economía de los Doce han llegado a un acuerdo para garantizar un mejor funcionamiento del Sistema Monetario Europeo a través de "una batería de indicadores" (convergencia de economías, diferenciales de inflación y de tasas de interés) y el compromiso de los Bancos centrales de intervenir en el mercado monetario cuando se constate un movimiento especulativo sobre cualquiera de las monedas del mecanismo comunitario.

El Acta Unica supone también la adopción de la regla mayoritaria para tomar decisiones por el Consejo de Ministros que antes debían adoptarse por unanimidad. En la actualidad, las únicas materias que requieren la unanimidad son la cooperación en política exterior, la fiscalidad, la libre circulación de personas y los derechos de los trabajadores.

El resumen de la situación actual en lo que la Comunidad se refiere es, a mi juicio, que sólo una Europa unida puede lograr éxitos y progreso. Basta citar como ejemplos los proyectos aeronáuticos y espaciales Ariane, Airbus o Hermes para convencerse. Pero para que Europa logre esos éxitos son necesarias toda una serie de decisiones audaces por parte de los Estados. Si éstos se atrincheran tras una concepción timorata y restrictiva de su soberanía corremos hacia el fracaso. El éxito vendrá de la mano de una fusión de intereses comunes en el plano europeo. Si somos conscientes de la importancia de lo que está en juego, estoy seguro que ganaremos la partida. Y ganar la partida no es otra cosa que lograr mayor bienestar para los hombres y mujeres de nuestro continente y devolver a Europa una voz y un protagonismo en el concierto de las naciones.

## 2. La seguridad

El segundo alero de la construcción europea lo constituye la seguridad.

En estos últimos 40 años, el más largo periodo de paz que ha conocido nuestro continente, la seguridad occidental se ha construido en torno al principio de la disuasión nuclear. Al próximo acuerdo entre EEUU y la URSS para eliminar los misiles nucleares de alcance intermedio establecidos en Europa debe seguir, a mi juicio, una clara definición de los objetivos occidentales. Desde mi punto de vista, estos son, en primer lugar, una reducción simultánea, equilibrada y controlable de todo tipo de armamentos, incluidas las armas convencionales y la prohibición de las armas químicas. Es bien conocida la superioridad del Pacto de Varsovia en armas convencionales, por lo que la desaparición del sistema de disuasión nuclear sin una reducción efectiva y comprobable de armas convencionales dejaría a Occidente en una situación de clara inferioridad. En segundo lugar, se deben sentar las bases de una política común de seguridad europea, conservando la alianza militar

con Estados Unidos dentro de la OTAN. Finalmente, es necesaria la creación de una verdadera industria europea de armamentos que, a través de la coordinación de sus programas, ofrezca un mercado suficiente a la industria europea. Ello supone coproducción de armas convencionales, puesta en común de sistemas de defensa aéreos y la práctica de maniobras militares comunes. Y por supuesto la firme determinación de apoyo a la República Federal de Alemania en defensa de su soberanía. En este sentido, considero interesante la propuesta de creación de una brigada franco-alemana de la que han hablado recientemente los Jefes de Gobierno de la RFA y Francia, pues marca una voluntad política solidaria en materia de defensa.

En conclusión, la seguridad de Europa - y no olvidemos que la libertad de nuestros pueblos depende sobre todo de su seguridad - debe estar en función tres principios:

- de un esfuerzo más importante y mejor coordinado entre europeos
- del mantenimiento de lazos sólidos con los Estados Unidos
- de nuestra propia capacidad de disuasión.

La importancia del próximo Acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética no se puede desconocer. Después de los tres momentos anteriores de progreso de las relaciones entre las dos superpotencias, a la muerte de Stalin en 1953, tras la crisis de los misiles de Cuba en 1962 y durante el periodo de distensión entre 1969 y 1972, - y no hay más remedio que recordar los retrocesos que siguieron a estos momentos -, el que actualmente vivimos contiene no pocas esperanzas. Pero yo quiero mencionar los riesgos de ciertas tentaciones europeas de retirada de las fuerzas norteamericanas de Europa e igualmente la tentación de Estados Unidos de aislarse y cortar su presencia en nuestro Continente. La retirada de los misiles nos deja en situación más vulnerable si no actuamos con decisión. Ahora Europa tendrá que definir el modo en el que va a emprender la puesta al día de sus concepciones estratégicas y luego discutir con Estados Unidos el futuro de la Alianza Atlántica. Si todo quedase reducido a la eliminación de los misiles intermedios, la operación se saldaría para Europa occidental con una seguridad menor, ya que estaría sometida al fuego nuclear soviético tras perder las armas capaces de llegar a la Unión Soviética.

No olvidemos que la disuasión es el único medio resistir a un país grande o a una superpotencia. Por ello para Europa, el proceso de desarme, que considero imprescindible, debe mantener a lo largo de su desarrollo una situación de equilibrio con la disuasión convencional y la nuclear. Sólo de esta forma, Europa podrá garantizar a un tiempo la paz y la libertad.

Cuando la dinámica de la unión económica y monetaria en el seno de la Comunidad esté plenamente arraigada y cuando la solidaridad entre los comunitarios en materia de defensa se asiente en estructuras y órganos comunes, estaremos en condiciones de dar el paso hacia la unidad política europea, llámese Unión o Confederación

Pero no podemos olvidar que esta Europa económica y defensiva es la Europa de los doce y que quedan en Europa occidental otros nueve países que no forman parte de la Comunidad. Algunos como Turquía ya han presentado una demanda de adhesión ; otros como Malta y Chipre han anunciado que podrían hacerlo en los próximos meses ; Noruega que rechazó su adhesión por referéndum en 1972 parece interesarse de nuevo ante la constitución del mercado único europeo. Austria ha reforzado su colaboración con la Comunidad y no es imposible que pueda plantearse un día una aproximación más formal.

Pero, en todo caso, todas estas perspectivas son a plazo incierto y hoy por hoy todos estos países además de los comunitarios, es decir, 21 en total, forman ya parte de una organización europea que es el Consejo de Europa cuyo objetivo principal lo constituyen los problemas de sociedad que afectan directamente a los ciudadanos Europeos.

### 3. Problema de Sociedad

Este sería el tercer alero del edificio europeo del que ahora me voy a ocupar. Cumpliendo con su papel de zócalo de la unión europea, el Consejo de Europa ha dedicado una gran parte de su actividad a intentar dar respuestas a unos interrogantes básicos que se plantean a nuestras sociedades.

Nuestro tejido social tan homogéneo aparentemente se está deteriorando progresivamente en el seno de nuestras comunidades nacionales. Está descomponiéndose en un puzzle de micro-sociedades que se oponen o peor que se ignoran unas a otras. Lo que se ha llamado la sociedad dual está tomando carta de naturaleza en muchos Estados europeos, dividiendo la sociedad entre los que tienen un puesto de trabajo y los que caracen de él y no tienen ninguna expectativa de lograrlo.

Una sociedad democrática no puede acomodarse a que una parte importante de la población esté ausente de los mecanismos políticos, económicos, sociales y culturales. No cabe la simple resignación ante una situación como la actual que opone a los que disponen de un empleo estable y bien remunerado a aquéllos que conocen la angustia del paro, de la pobreza y de la precariedad.

El mayor problema que tienen nuestras sociedades hoy es sin duda, el desempleo, "escándalo social" en palabras del Papa Juan Pablo II, que castiga en la actualidad a 20 millones de personas en los países europeos miembros de la OCDE, es decir, a más del 11% de la población activa.

El paro no es sólo un despilfarro de recursos humanos, de talentos que no se utilizan. Es también un despilfarro económico al prescindir de la contribución de los jóvenes y de la experiencia de trabajadores veteranos. El paro es un peso enorme para nuestros sistemas de protección social en cotizaciones perdidas, en indemnizaciones de desempleo y en costes de asistencia producidos por alteraciones psicosomáticas que afectan a numerosos parados. Junto al coste económico, el coste social del paro es, por tanto, inmenso.

Por ello, ha podido decir Raymond Barre justamente que : "el paro es, hoy en día, un fenómeno de sociedad mucho más que un fenómeno económico".

El Consejo de Europa tiene el deber de sensibilizar a la opinión pública sobre esta situación y aunque carece de medios económicos y financieros para dar soluciones, tiene la responsabilidad moral - por su propio papel de garante de los derechos humanos - de llamar la atención de los ciudadanos y de los poderes públicos para buscar fórmulas de concertación social a nivel interno e internacional.

En estos momentos en que en las propias economías del Este europeo, empezando por la Unión Soviética, se está replanteando el papel omnívoto del Estado y se habla de mercado, beneficio y descentralización, es preciso facilitar en Europa Occidental todas las condiciones que permitan impulsar el espíritu de iniciativa como motor principal de la sociedad, la defensa de la empresa, el estímulo a la inversión, la innovación y la adaptación a las nuevas estructuras de producción y el fomento de la creación de pequeñas empresas que son las que han desarrollado la economía mundial durante los años ochenta. Y no olvidar que una sociedad de progreso requiere un sistema de fiscalidad que estimule el trabajo, el espíritu empresarial y el ahorro, desarrolle la formación humana y no ponga trabas a la constitución y la transmisión del patrimonio familiar productivo.

La búsqueda de la competitividad debe convertirse en el criterio que irradie todas las actividades: empresas, instituciones económicas y sociales, seguridad social, enseñanza y administración. Y tener siempre presente que el diálogo social es la condición fundamental para unas relaciones sociales estables que conciban la empresa como un lugar de cooperación entre trabajadores y empresarios en el que cada uno aporte su contribución y sean respetados sus derechos.

Tampoco debemos olvidar que el "tratamiento social del paro" es indispensable para hacer frente a las situaciones más graves. El problema que se debate en Europa en estos momentos es el de su financiación. Todos los actores de la vida social y económica deben sentirse interdependientes y solidarios. Las ayudas económicas dedicadas a los parados y a los trabajadores no son un despilfarro sino, por el contrario, una inversión social y una contribución decisiva para la cohesión y para la paz en nuestras sociedades.

Junto al peligro del paro que acabo de evocar otros graves síntomas de rechazo y desagregación social que se producen en nuestras sociedades son la toxicomanía, la violencia y el terrorismo. A su análisis y a las respuestas posibles dedicamos en el Consejo de Europa una atención especial.

El primero de ellos, la toxicomanía, es un grave factor de desestabilización en el plano social. El abuso de drogas, principalmente de las drogas llamadas "duras", era en los años 60 un problema preocupante pero aún marginal y reducido a pequeños grupos muy limitados y localizados. En 1987, nos encontramos confrontados a una verdadera epidemia, si tenemos en cuenta que en los países del Consejo de Europa, el número de toxicómanos por jeringuilla intravenosa supera los 600.000 y el número de usuarios regulares de droga se cifra en varios millones.

El uso de nuevos productos más peligrosos ("crack", "black tar", drogas sintéticas) ha hecho su aparición. La edad de iniciación al consumo de la droga no cesa de bajar; nuevos grupos sociales y nuevos sectores de la sociedad se ven afectados por el problema de la drogadicción. Por último cómo no evocar el SIDA, cuyos vínculos con la drogadicción son indudables y produce efectos irreversibles.

Varias son las causas que han provocado la extensión actual de todo este fenómeno: la crisis de valores éticos y morales, el auge de modelos hedonistas propuestos por la sociedad de consumo, la quiebra de la autoridad de los padres, pero también el paro, el desarraigo de las comunidades emigrantes, la deshumanización de las ciudades, la miseria urbana y las insuficiencias del sistema educativo.

La lucha contra la toxicomanía no puede ser asunto exclusivo de los poderes públicos ya sean estos internacionales o nacionales ; debe responsabilizarse de ello la sociedad entera. Los municipios, las asociaciones de padres de alumnos y cualesquiera otras asociaciones asistenciales, deben aportar su contribución a los esfuerzos emprendidos, a escala nacional e internacional, para proteger a la juventud de la toxicomanía, proponiendo alternativas positivas capaces de ayudarles a decir "no" a la droga.

Frente a la utopía que preconiza la venta libre de drogas para todo el mundo - para evitar según sus defensores las sobredosis y las infecciones, suprimiendo al mismo tiempo la razón de ser de las redes de traficantes - quiero reafirmar mi oposición a la banalización de la drogadicción.

Frente al desafío que supone la toxicomanía, es preciso adoptar una política realista consistente en combatir por igual la oferta y la demanda de estupefacientes. Y lo que es aún más importante : debemos exigir una actitud coherente a nuestros Gobiernos. De poco valen las declaraciones ampulosas en los foros internacionales o las operaciones espectaculares ante la falta de una política legislativa decidida a impedir el consumo y el tráfico de droga y la carencia de una acción eficaz que posibilite el tratamiento médico y la reinserción social del drogadicto.

Los brotes de violencia y de inseguridad en nuestras ciudades - otros grandes males actuales - están en íntima relación con la crisis económica y social. La falta de seguridad es un elemento peligroso para la estabilidad de la sociedad y de sus instituciones democráticas. El miedo, del que Burke decía que era "el más ignorante, el más injusto y el más cruel de los consejeros", puede abrir la puerta a toda clase de reacciones irracionales : búsqueda de chivos expiatorios, marginación respecto a ciertas categorías de personas, anoranza de un poder autocrático.

La violencia, y sobre todo la violencia urbana, no es algo nuevo. Lo que sí es nuevo es su gravedad e intensidad que han alcanzado niveles alarmantes y han transformado ciertos barrios de ciudades europeas en ghettos de un urbanismo inhumano donde sobrevive una población desamparada, sin empleo y de orígenes culturales y étnicos muy variados. Estos barrios constituyen un verdadero cáncer que mina nuestras ciudades.

Su extirpación requiere medidas que no pueden concebirse simplemente en términos de mantenimiento del orden y represión policial. Una violencia con profundas raíces sociales requiere una acción social de prevención que, para ser eficaz, ha de llevarse a cabo en el nivel más próximo a la realidad cotidiana, el de los municipios. Cada ciudad tiene una identidad y unas características propias que influyen en los tipos de inseguridad y violencia. Por ello, son las autoridades municipales las mejor emplazadas para acometer una acción decidida y adaptada a las condiciones específicas de su colectividad : la concertación a nivel europeo puede contribuir a lograr respuestas conjuntas a problemas que son comunes a los países europeos.

Otro tema de dramática actualidad es el terrorismo. El terrorismo apunta en Europa a un sólo y único objetivo : la desestabilización de las sociedades de derecho y de los regímenes democráticos. Valiéndose de discursos e ideas aparentemente generosos, los terroristas usan y abusan de las libertades democráticas con la finalidad de abolirlas.

Frente a la amenaza terrorista, sólo cabe un compromiso solidario y decidido de todas las democracias. Esto no significa que las democracias renuncien a su identidad. El respeto a las libertades individuales y a las libertades políticas deben ser las referencias de nuestra actitud frente al terrorismo. Democracia y respeto de los derechos humanos no significan debilidad y laxismo. Tenemos el derecho y el deber de defender nuestras instituciones y asegurar la libertad de los ciudadanos, cuyo primer derecho fundamental es el derecho a la seguridad, a la integridad física y a la vida. Nuestro sistema de valores no excluye - sino todo lo contrario - decisión frente a las actuaciones de los terroristas.

La opinión pública no acepta ya en ningún sitio meros discursos emotivos ; espera un mensaje de firmeza y de esperanza : exige una acción decidida por parte de todos, Gobiernos, grupos políticos, sociales y ciudadanos.

Aquí también, la primera condición para lograr resultados es una solidaridad y confianza sin fisuras entre todos los Estados democráticos de Europa. Las disensiones entre Estados, la falta de una respuesta solidaria beneficia a los terroristas. Las democracias - y las democracias europeas en primer lugar - deben mostrar un frente unido contra un enemigo común. A nivel europeo hemos adoptado ya respuestas concretas y solidarias, unas de carácter político ; otras de tipo diplomático como el aislamiento de países sospechosos de sostener acciones terroristas y el control de la venta de armas a regiones donde actúan o son reclutados ; medidas jurídicas, como la creación de un verdadero espacio judicial europeo que prevea la extradición o el juicio de los terroristas tal y como recoge el convenio Europeo de 1977 o la armonización de sanciones penales y de medidas administrativas ; y acciones operativas como el reforzamiento del control de fronteras o el intercambio de información sobre bases de entrenamiento o desplazamientos de los terroristas. La colaboración franco-española constituye un ejemplo excelente de eficacia y solidaridad democrática.

Otra de las amenazas que se ciernen sobre la sociedad europea afecta a la desaparición de una de sus características más valiosas : la de constituir sociedades abiertas.

Durante muchos años, los países de Europa Occidental han abierto sus brazos y sus fronteras a aquellos que sufrían persecución política o no disfrutaban en sus países de los más elementales derechos fundamentales. Paralelamente, y coincidiendo con el apogeo industrial de los años 60, se produjo un importantísimo flujo de emigración intraeuropeo hacia los países en pleno desarrollo, lo que favoreció particularmente a los trabajadores de los países del sur de Europa.

En nuestros días ha cesado prácticamente la emigración, especialmente la de trabajadores extranjeros. Existe sin embargo un importante flujo, aunque imposible de medir, de emigrantes clandestinos o de solicitantes de asilo ya sean refugiados políticos o "refugiados económicos". A pesar de reglamentaciones muy estrictas, numerosos habitantes de los países del Tercer Mundo ejercen presión para entrar en Europa y la estadísticas demográficas muestran claramente que la presión del Tercer Mundo irá en aumento a causa del enorme desequilibrio económico entre el "Norte" y el "Sur".

Las principales víctimas de este fenómeno son los emigrantes que entraron de forma legal en el territorio a quienes los ilegales hacen una competencia salvaje en el campo laboral. Pero, sobre todo, el fenómeno de la inmigración ilegal alimenta en muchos lugares los fantasmas de los que ven en todo extranjero un factor potencial de inseguridad para su colectividad. Este sentimiento ha comenzado a extenderse a España en alguna de nuestras regiones, por lo que debemos ser conscientes de la necesidad de luchar con toda nuestra energía contra estas tendencias xenófobas, contra toda manifestación de intolerancia y racismo.

Señor Director, Señoras y Señores :

Junto a los desafíos a los que deben hacer frente la Europa de la economía y la Europa de la seguridad, he pasado revista a un cierto número de problemas y fenómenos que erosionan las sociedades europeas, crean tensiones en el seno del cuerpo social y suponen riesgos de fisura entre los hombres y entre las comunidades.

Todos estos fenómenos presentan una característica común en relación a sus causas y efectos : la puesta en tela de juicio de un cierto número de valores que son los fundamentos de nuestra vida en comunidad, y que, a mi juicio, corren el peligro de estancarse o desaparecer de nuestras sociedades.

Hemos subrayado que las decisiones que se adoptan no pueden ser aisladas por parte de los Estados, sino solidarias. Pero cuando miramos al interior de nuestras comunidades políticas que es de donde debe de partir esa voluntad de solidaridad no podemos por menos de plantearnos si el modelo de Estado nacional que existe en algunos de nuestros países cuenta con los elementos de modernidad y progreso que reclaman los tiempos que vivimos.

El paso, en menos de un siglo, de una sociedad rural a una sociedad industrial y hoy en día a una sociedad tecnológica y científica han alterado de tal manera los modos de vida y de pensamiento que es preciso preguntarse si no nos dirigimos hacia una redefinición del concepto y las funciones del Estado y una nueva configuración del papel y del lugar del hombre en la sociedad. ¿Debe el Estado seguir abarcándolo todo, interviniendo hasta en los últimos reductos de la vida social? ¿No sería mejor redefinir su papel, modernizar sus métodos de acción y confiar a los individuos, asociaciones o colectividades cierto número de funciones de interés comunitario? ¿No debería acaso el Estado limitarse a fijar ciertas reglas precisas y asegurar la igualdad de oportunidades y ejercer una función de arbitraje que sólo el Estado puede ejercer para arbitrar los conflictos sociales? En consecuencia, ¿no debemos inclinarnos por un Estado menos intervencionista, más anticipador de los procesos de transformación y de cambio, garante de las libertades de los ciudadanos y abierto a la más estrecha colaboración con los demás Estados, un Estado imparcial, respetuoso del pluralismo y superador de partidismos y sectarismos?

Y paralelamente, ¿cómo es posible asociar a los ciudadanos a los cambios que se están produciendo en la sociedad y evitar que sean víctimas de las transformaciones que alteren el paisaje social? Frente al dilema más Estado o menos Estado, la respuesta no sería mejor Estado y sociedad más vertebrada?



A estos jóvenes que serán los artesanos de la Europa del mañana, quiero dirigir muy especialmente mis últimas palabras : estáis en la edad de descubrir, de cambiar, de crear, de acomodaros con ilusión a las transformaciones de nuestro tiempo. Poned vuestra energía al servicio de un ideal. Resistíos a la indiferencia, al egoísmo, a la intolerancia. Haced de la libertad y la solidaridad las piedras angulares de vuestra conducta. Teneis ante vosotros la inmensa posibilidad de formaros. Hacedlo con la mirada puesta en el horizonte 2000 que ya es el vuestro. Pero hacedlo con esperanza, con fé en el hombre y sus valores y con generosidad. Sólo así construiremos un futuro de paz, de progreso, de libertad y de solidaridad.